

y se iban al frío seno de los claustros. Imaginaos cómo tal teólogo escucharía las temeridades filosóficas de Abelardo y cómo tal político las arengas republicanas de Arnaldo. Contra el uno suscitó los teólogos de Francia, contra el otro suscitó los ejércitos de Alemania. Los dos jóvenes, cuyas ideas representaban las fuerzas vivas de verdadera expansión que hay en las sociedades todas, cayeron derribados por aquel monje, cuyas ideas representaban las fuerzas concentradoras, la autoridad y la disciplina. El papa condenó á Abelardo por amigo de Arnaldo y condenó á Arnaldo por amigo de Abelardo, apoyándose así en los materiales socorros del emperador de Alemania como en los morales socorros del omnipotente San Bernardo. Sugerido por éste recurrió contra la política republicana de Arnaldo el pontífice á la excomunión y al entredicho como recurriera Gregorio VII contra la política imperial de Enrique IV. El pueblo romano fué como despedido de la Iglesia católica. Si una excomunión atribuló tanto al emperador, que tenía de su autoridad altísimo concepto, imaginaos cuánto atribularía en aquellos tiempos al pueblo herido siempre de humillación irremediable. Las familias caían al rayo pontificio en la desolación; tornábanse los hogares purgatorios; suspendíase toda ceremonia religiosa; negábase implacablemen-

te al excomulgado todo consuelo eclesiástico; cerrábanse las puertas de aquella Iglesia, refugio de las almas, resumen de la vida, plaza, templo, mercado, teatro, sepulcro, santuario; nacían los hijuelos y no les daban el bautizo; amaban los mozos y no podían legitimar sus amores; la mujer propia se convertía en concubina y el hijo en bastardo; agonizaban los enfermos de enfermedad mortal sin confesión ni comunión, sin auxilio espiritual ninguno de los que fortalecen y sustentan al hombre todo en tan tremendo trance; caían los muertos peor que los perros sin esperanza de tener asilo sagrado en la tierra ni perdón ni misericordia en el cielo, pues á lo temporal y á lo eterno alcanzaba con idéntico alcance una excomunión pontificia. Horrible caso aquel para un monje como Arnaldo, á quien sólo su conciencia le acusaba de ideas políticas opuestas á un rey facultado por su doble carácter de monarca y pontífice á perseguir sus vasallos, no sólo en la tierra, en la eternidad también. Las almas débiles se apenaban y dolían de tal estado que, alcanzando á todas las edades y á todas las fases de la vida, no obstante su puro carácter religioso, convertíase en tristísimo estado social también. Para mayor angustia sobrevino, tras la excomunión, la Semana Santa. Doloroso á las almas piadosas carecer del agua bendita, de los sa-

grados oficios en todo tiempo y lugar; pero mucho más en el espacio donde se alzan las capitales basílicas, en Roma, y por el tiempo sacro, en la semana mayor. Los romanos, hechos á recibir las peregrinaciones en estos días solemnes, hallábanse aterrados de su triste soledad, sin poder, ni oír las lamentaciones de Jeremías, ni contemplar los misterios de la Pasión, ni sumergirse tampoco en las ideas que inspiran los estremecimientos de la tierra durante las tinieblas de los divinos oficios, ni cantar el *Miserere* dirigido al desarme de los rayos de ira que atraen desde los cielos á la tierra el pecado y el error nativo á nuestra misérrima naturaleza y compleción. Así las mujeres se lanzaban por las calles dando alaridos, como si las tuviera ya entre sus garras el infierno; y los sacerdotes clamaban por calles y plazas, añadiendo al terror natural en los ánimos los horrores de las tristísimas pinturas animadas por el relampagueo siniestro de los castigos perdurables. Aguijoneado de todos estos motivos el pueblo romano se lanzó á los pies del papa, y el papa exigió para levantar el interdicho la entrega del tribuno. Pues bien, este San Bernardo, que así disponía de los rayos pontificios y así precipitaba en la excomuni6n á los pueblos, dijo, sin que nadie lo excomulgara por tal dicho á él, antes por lo contrario, mereciendo la bienaven-

turanza tras la muerte, que sus padres engendraron á María en condiciones iguales á todas las condiciones de nuestra especie y que la indudable santificación suya consigui6la tras su purísimo nacimiento y la divinización de sus entrañas por haber en ellas habitado el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero ¿qué hablamos de San Bernardo? El autor cat6lico por excelencia es Santo Tomás. En su alma se resume y se formula toda la teología de los siglos medios. El filósofo antiguo, que parecía más ajeno á la idealidad cristiana, Aristóteles, entra en la Iglesia por obra y virtud de la Suma Teológica, cual antes había entrado Platón, este filósofo de carácter idealista y aun cristiano por obra y gracia de las escuelas alejandrinas. Aquel movimiento intelectual de las madrizas arábigo-andaluzas y aquel tesoro científico de las enseñanzas judías, que parecían, no solamente ajenos de la Iglesia, contrarios á la Iglesia, desemboca, cual un río desviado de su curso, en el espíritu eclesiástico de la Edad Media, merced al genio del Angel de las escuelas, tan paciente como sintético. Llámase á su conocido sistema *La Escolástica*, porque parece la quinta esencia de toda enseñanza teológica. Bajo tal concepto hanlo guardado nuestras iglesias de la Edad Media, como pudieran los sacerdocios

antiguos y las castas sacerdotales guardar un vínculo y un mayorazgo de símbolos y de tradiciones orientales. En vano la orden de San Francisco, mucho más platónica que Santo Tomás y los suyos, todos aristotélicos; en vano la pascua del Renacimiento, donde las ideas opuestas al oráculo peripatético volvieran de nuevo á resucitar; en vano el espíritu moderno en sus direcciones y desarrollos capitales quisieron despedir de la Iglesia el espíritu clásico tomista; quedó perenne, como un apéndice casi al dogma y como un oráculo de la sede apostólica en este nuestro mismo siglo. Si el primer hombre de acción en la Iglesia católica es, como antes hemos dicho, San Bernardo, el primer hombre de ciencia es Santo Tomás. Y á pesar de semejante altísima situación, reconocida por todos los siglos y confirmada por el asentimiento universal, este sapientísimo doctor enseña respecto de María que, si bien la bienaventurada Virgen fuera concebida en el pecado original como los demás humanos, santificóla Dios con muy especial santificación, antes ó después de su gloriosa natividad. Indudablemente la orden de los franciscanos, originaria, como la orden de los dominicos, del siglo décimotercio, siente por María la devoción propia del alma poética é inefable, anidada en el gloriosísimo San Francisco. Era éste una especie de místico poeta,

que sabía la idea dejada por los astros en sus elipses, el incienso contenido en el cáliz de las flores, el *Te Deum* entonado por el coro de las aves, el espíritu religioso puesto por la vida y por el sér universal hasta en lo más inanimado é inerte, porque á los ojos de tan piadoso penitente aparecía como un templo el universo, y los ecos, y los rumores, y los susurros de todo cuanto vibra y suena como un concierto de órgano y como un repique de campanas acompañando á la plegaria universal, dirigida por todas las criaturas consciente ó inconscientemente á su divino Criador. Quien alguna vez se haya encontrado en el campo, á la hora de anochecer, y cuando los últimos arreboles en el Occidente se apagan y los primeros astros lucen, haya oído esa campana del Ave María, que tantas veces le habrá con su evocación sacratísima patentizado en las nubes ó en las retinas el recuerdo vivo de la Virgen, hecha una imagen de relieve y de bulto, con su túnica de azucena, con sus sandalias de oro, con su manto de cielo, con su corona de astros, al rezar en la efusión de fe que á todos nos inspira nuestra educación católica, olvidárase del divino San Francisco, institutor de tan piadosa costumbre, ya tradicional en todas las iglesias del mundo. El doctor de la escuela dominicana es, como ya hemos dicho, Santo Tomás, y el doctor de la escue-

la franciscana es, á no dudarlo, San Buenaventura. Entre dominicos y franciscanos existe una indudable rivalidad; entre la escuela del doctor angélico y la escuela de San Buenaventura existe una competencia, más idealista la segunda que la primera. Parecía natural, consiguientemente con todo esto, que disintieran los dos teólogos respecto al dogma de la Concepción. Pues no disienten. San Buenaventura dice así: «Algunos fieles celebran la Concepción de María por devoción particular. No quiero ni alabarlos ni argüirles. No quiero alabarlos, porque los Santos Padres, que instituyeron otras solemnidades de la bienaventurada Virgen, como henchidos de amor y afectados de veneración por esta bienaventurada Madre, jamás nos enseñaron á celebrar su Concepción. Por lo contrario, San Bernardo, celosísimo de suyo por todo culto á María, condenaba estas festividades religiosas conmemoratorias de la Concepción. Y yo, añade, creo más conforme con el recto sentido de la fe y con la tradicional autoridad de los Padres creer que la gloriosa Virgen fué santificada por Dios, después de haber contraído en su concepción la culpa original.» Entre los varios bienaventurados que la Iglesia celebra, ninguno tan popular, sobre todo en las regiones mediterráneas nuestras, como San Vicente Ferrer. El espíritu de la elocuencia cristiana por tal

modo ardió en sus labios, que, al predicar, trocaba las calles y las plazas en templo, los guardacantones en púlpito, los transeuntes en devotos, penetrando con su voz agudísima los corazones más fríos y moviendo á la piedad exaltada los ánimos y los espíritus más indiferentes. Su influjo trascendió hasta la política, pues con la presencia y la palabra suyas en el Parlamento de Caspe, Ferrer preparó la unión entre Aragón y Castilla, echando así las bases de nuestra gloriosa unidad nacional, por todo lo que, si la Iglesia lo cuenta entre sus bienaventurados, la patria lo cuenta entre sus redentores y sus héroes. Santo de suyo tan popular parece que debía responder á las creencias del pueblo. Y hallándose viva en una parte principal de éste hoy mismo el dogma de la Concepción, parecía que allá, en el siglo décimoquinto, debía prevalecer más aún esta piadosa creencia. Y, sin embargo, San Vicente asegura que Ana concibió á la Virgen María en pecado original, mas que á su animación quedó libre y purificada por completo del pecado contraído. Y por tanto la fiesta de su Concepción debe aplicarse á su santificación. La verdad es que, así como el aristotelismo eclesiástico se debe á la orden dominicana, el dogma de la Concepción se debe á la orden de San Francisco.

En Pisa, y al mediar el siglo décimotercio, los



franciscanos reunieron célebre asamblea general, donde ya consagraron la fiesta de la Concepción de María, no obstante restricciones más ó menos amplias de tal dogma. Scott, el sutil doctor de la orden seráfica, aparece á los ojos de la historia, y quedará en el concepto de las generaciones como autor principalísimo de la creencia en la Concepción Inmaculada. El principal argumento aducido, á pesar de probar poco, por lo mismo que probaba mucho, ejerció soberano influjo en pro de tal creencia religiosa «nada imposible á la divina omnipotencia.» Dos muy célebres santas, escritoras ambas, tuvieron á este respecto sendas contradictorias visiones. La Virgen se apareció á Santa Brígida para confirmar el dogma de su Concepción, y se presentó á Santa Catalina para negarlo. A resultas de todo esto una batalla intelectual, de las frequentísimas en los monasterios, llegó á empeñarse con furia entre franciscanos y dominicos, adversos éstos, favorables aquéllos al dogma de la Concepción. Las cátedras resonaban á una con toda suerte de argumentos, muy parecidos á resuellos de guerra. La Universidad, primera entonces entre todas las universidades católicas, la Universidad célebre de París, propendió al dogma, y esta propensión suya le atrajo grandísimos asentimientos. Crecía el culto, porque, dada la crudeza de los tiempos

y los horrores del feudalismo en su agonía, los grandísimos combates entre todas las ideas y todas las escuelas, un dogma de ternura, un dogma de sensibilidad, un dogma favorable á la mujer, cuya sonrisa en aquel férreo mundo serenaba tantas tempestades, había necesariamente de prosperar y conciliar muchas almas. Un hombre tan grande como Gerson, á quien se atribuye por muchos la *Imitación de Jesucristo*, libro por excelencia del mundo cristiano en la Edad Media, proclamó la Inmaculada Concepción como dogma capitalísimo, que plugo al Espíritu Santo revelar en la vida misma de su generación y en el transcurso de sus años. Creció en tales términos la idea, que llegó á formularla una grande reunión religiosa, como artículo de fe viva y universal. Nos referimos al concilio de Basilea. Mas como quiera que las decisiones del concilio de Basilea no fueran jamás aprobadas ni reconocidas cual dogma de la Iglesia ortodoxa, quedó completamente baldía y sin consecuencias el dogma relativo á la Purísima. Sin embargo, Sixto IV, ascendido en la segunda mitad del siglo décimoquinto al trono pontificio, favoreció la fiesta de María concebida sin mancha de pecado, y refrenó las disputas que la contestaban. Así bien pronto París, Colonia, universidades y escuelas importantes, exigieron, como condición para el ingreso

en sus claustros, declaraciones previas de fe viva en tal dogma. El combate de franciscanos y dominicos duró, á pesar de todo esto, largo tiempo. Los últimos no dudaron en apelar á la falsificación y al fraude para sostener su tradicional creencia. Cuatro dominicos murieron en la hoguera el año noveno de la centuria décimasexta por complicados en tal fechoría. Los jesuitas estuvieron á punto de inscribir la Purísima Concepción entre los dogmas del símbolo católico, y no lo alcanzaron por invencibles resistencias dominicas. Pero en las familias imperiales de Austria, en las regias familias de nuestra España, en muchas de las dinastías dotadas con excepcional y soberano influjo, el dogma de la Concepción privaba en términos de que tuvieran á honra imponerlo. Felipe II, Felipe IV, Carlos III instituyendo la Concepción como patrona de nuestra España, los reyes de Portugal con su orden de Villaviciosa, mantuvieron viva siempre la piadosa creencia, muy popularizada. En el siglo nuestro, Gregorio XVI tuvo ya tentaciones de proclamar el dogma de la Concepción. Por fin Pío IX, al cual un larguísimo reinado le permitió reunir concilios é intentar varias definiciones de fe, proclamó dos capitales dogmas, que creyera gloria de su pontificado, el dogma de la propia infalibilidad y el dogma de la Concepción de María. Por

Febrero de 1849 dirigió á los prelados católicos una encíclica en requerimiento de la opinión que tuvieran sobre tal creencia. Todos, en sus respuestas, declararon dogma de fe viva el dogma de la Concepción Inmaculada. Hubo disidentes, y disidentes de la importancia que monseñor Sibour debía tener en la Iglesia, por asentado en sede tan alta como la sede arzobispal de París. Mas estos mismos disidentes no contestaban la verdad intrínseca del dogma, contestaban, atendiendo al tiempo corriente, su oportunidad. Por fin el 8 de Diciembre de 1854 Pío IX, circuído por numeroso cortejo de príncipes eclesiásticos, proclamó á María Inmaculada entre demostraciones de verdadero regocijo religioso.

Estas ideas religiosas han animado mucho el arte cristiano y han tenido su encarnación ideal en obras de primer orden. Las tradiciones respecto de la serpiente bíblica, tentadora de nuestra madre común Eva y respecto del quebrantamiento de su cabeza por los pies de María se han revelado en esas maravillosas creaciones del humano espíritu, resplandecientes con el resplandor de lo ideal. Aunque la Iglesia católica, desde los más apartados siglos, bien al revés de la Iglesia bizantina y de las Iglesias orientales, se ha guardado mucho de regir con códigos más ó menos rigurosos las artes

plásticas, puestas al servicio suyo; ciertos atributos y símbolos corresponden á un convenio tácito, pero universal, y por voluntario de suyo, rigurosamente obedecido. El primer carácter de una Concepción es el acto de quebrar la cabeza con su pie al reptil maléfico. Entre las nubes, ora perladas por albores, ora purpúreas y enrojecidas por arreboles; entre los iris que componen como un himno de matices en el inmenso espacio azul; por los coros de querubes, de ángeles y de astros, deslizárase forzosamente, cuando se trace la Inmaculada Concepción, el reptil, símbolo de la culpa original, vencida por el advenimiento de María sobre la tierra. El cielo debe aparecer como un santuario para su figura; la modestia y humildad deben brillar en todas sus actitudes; el globo terráqueo y la luna creciente servirle de pedestal; la pureza inmaculada envolverla por completo; las alas de los ángeles al empireo subirla en vuelo raudos; la increada luz coronarla y la Trinidad Santísima recibirla en lo infinito. El dogma de la Concepción embargó en términos á los piadosos artistas de la Edad Media, que nos presentaron en sus cuadros María sin mancha, en el vientre mismo de su madre Ana. Girolamo de Mazzuola, Dosso Dossi, Carlos Marata y otros muchos, nos han ofrecido la Virgen Inmaculada en composiciones complicadísimas, donde se descubren desde la

escena de la expulsión de nuestros primeros padres al salir de su Paraíso hasta las meditaciones que poseen y embargan á los más esclarecidos filósofos de la Iglesia, cuando comentan, ó predicán, ó defienden el tierno dogma de la divina Inmaculada. Mas realmente quien ha logrado entre todos los pintores expresar la Concepción es nuestro inmortal Murillo, que parece haber tenido en su paleta el medio de retrotraer nuestra humanidad á sus tiempos edénicos y restituirla toda la inocencia perdida en su primera culpa. No busquéis allí, no, la perfección clásica y griega que ostenta Rafael, en quien resucita la destreza de Fidias para el dibujo. No hay, no, las exactísimas proporciones, las acabadas armonías, la correspondencia entre los miembros, la matemática exactitud que distinguen y enaltecen al pintor entre los pintores clásicos. Mas aquellas figuras incorrectas parecen la forma de una oración mística subiendo á lo infinito. Viento espiritual, como de una inspiración profética, la impulsa; luminoso éter increado, que semeja como una difusión de la idea del Verbo, la circunda; concierto celestial, cuyas cadencias adivináis sin comprenderlas, absorben aquellos oídos abiertos á todas las divinas armonías; recoge su pecho, en respiración intensa, el aire purísimo de las regiones inaccesibles; los pies, calzados por la me-

día luna de argéteos reflejos, despréndense por siempre de las fatalidades reinantes sobre nuestro bajo suelo; ángeles, representantes de una nueva eflorescencia de la vida, en que la niñez recobra sus antiguos paradisiacos bienes, la sigue y acompaña; crúzanse las manos como agitadas por los sacudimientos del amor místico; y allá, en la mirada sobrenatural de sus ojos estáticos, alzados á las alturas, vese resplandecer en una revelación increíble y misteriosa el espíritu de Dios. ¡Bendito dogma, que ha dado al mundo la Concepción de Murillo!

VI

La Natividad santísima de María. ¡Cuál fiesta en las playas mediterráneas! Eclipsaba en mucho la Navidad: que así llamamos, elidiendo una sílaba del centro, á la Natividad santísima de Cristo. Cada pueblo vive allí bajo una tradicional advocación de la Virgen. Diríase que tan grandes y superiores entidades necesitan tener también su madre, y que para perpetuarla por siglos de siglos sobre las generaciones cambiantes, colócanla en el cielo. Tronará cuanto quiera el frío escepticismo contra los exvotos y las promesas. Pero yo declaro no

haber podido entrar nunca dentro de una ermita, levantada en las costas á la Estrella del Mar, sin profundamente conmoverme, y traer á la imaginación cómo esta fe viva y espiritual del alma contrae una intensidad tan milagrosa en los horrores y peligros del naufragio, que cree vencer las fatalidades materiales con sus plegarias y con sus invocaciones, cuando se muestran más implacables y rugen más fragorosas. Allá, en Galicia, contrasta mucho la placidez de rías, y montañas, y radas, y puertos, con el embravecimiento y tumulto de las oceánicas aguas. Y es de ver sobre la falda inferior del monte, con todo esmero cultivada, en guisa de jardincillos, los bancales llenos de maíz circuidos por castañares cargados de pinchantes zurroneos y robledales cargados de bellotas, mientras por las cumbres encinas y pinares de matices cuyas contradicciones forman pintorescas armonías; y en la más alta cima ó cúspide, allí donde falta casi espacio, como riéndose de la gravedad y volando por las alturas, cual un tabernáculo aéreo rodeado muchas veces de nieblas multicolores, la ermitilla, desde cuya puerta el mar se descubre á lo lejos, la ermitilla con su Virgen dentro, faro místico, donde ponen sus ojos al partirse y al tornarse los forzudos marineros y los añorados nostálgicos emigrantes, entre opuestos afectos, de los que avivan los